


La balsa de piedra, 12

Corazón de perro

Mijaíl Bulgákov
Corazón de perro

Marta Sánchez-Nieves

 mármara

Título original: *Собачье сердце*

Primera edición: marzo de 2020

© 2020 de la traducción: Marta Sánchez-Nieves

© 2020 de esta edición: Mármara Ediciones

www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Moreno

Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Imagen de portada: *Ilustración a partir de un original de Vladimir Lebedev*

Impresión: Kadmos

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-120080-5-0

Depósito legal: M-4829-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

I

¡Auu-u-u-u! ¡Au-u-u-u-u! Ay, mírenme, ¡muero! En un pasadizo la ventisca me ruge los últimos sacramentos y yo aúllo con ella. Estoy perdido, ¡perdido! Un miserable de gorro cónico sucio —el cocinero del comedor de alimentación normal de los empleados del Consejo Central de Economía Estatal— me ha rociado con agua hirviendo y me ha escaldado el costado izquierdo. El muy gusano. Y, encima, proletario. ¡Ay, Dios mío, cómo duele! El agua hirviendo me ha llegado hasta los huesos. Y aquí me tienen ahora: aullando y aullando, pero ¿acaso aullar puede ayudarme?

¿Cómo lo he molestado? ¿Cómo? ¿De veras le quito la comida al ConCenEE por hurgar en la basura? Criatura ansiosa. Echen un vistazo a su jeta: ¡si es más ancha que larga! Un ladrón de morro cobrizo. La gente, ay, la gente. A mediodía un gorro me obsequió con agua hirviendo y ahora ha oscurecido, deben de ser las cuatro de la tarde, a juzgar por el olor a cebolla en el destacamento de bombe-

ros de Prechístenka. Los bomberos toman *kasha*¹ para cenar, como bien saben ustedes. Pero esto sería el último recurso, algo parecido a las setas. Por cierto, unos perros que conozco de Prechístenka contaban que en Neglínny, en un restaurante de nombre Bar, se podía comer el plato del día: setas, salsa *piquante* a tres rublos setenta y cinco copecs la ración. Para quien le guste, claro, porque es igual que lamer un chanclo... Au-u-u-u...

El dolor en el costado es insoportable y puedo ver el extremo lejano de mi camino con completa precisión: mañana aparecerán las llagas y, con ellas, la pregunta de cómo voy a curarlas. En verano puedes salir corriendo al parque Sokólniki, hay una hierba especial, muy buena, y además te das atracones gratis de tiras de embuchado, los ciudadanos tiran montones de papeles grasientos, como para hartarse de relamer. Y, de no ser por ese gruñón que no para de cantar a la luz de la luna —«Celeste Aida»— de una forma que se te cae el alma a los pies, todo sería perfecto. Pero, ahora, ¿dónde vas a ir ahora? ¿No te han pateado en el trasero? Lo han hecho. ¿Has notado un ladrillo en las costillas? De sobra. He experimentado de todo, me he reconciliado con mi destino y de mis lloros de ahora tie-

1 Plato consistente en gramíneas cocidas en agua y aliñadas con manteca, aceite vegetal o grasa animal. (Si no se indica lo contrario, todas las notas son de la traductora).

nen la culpa solo el dolor físico y el frío, porque mi espíritu todavía no se ha apagado... Un espíritu perruno vivaz.

Pero mi cuerpo sí que está quebrado, golpeado, la gente lo ha ultrajado demasiado. Porque lo importante es que, en cuanto me golpeó el agua hirviendo, el pelaje se me agujereó y, por consiguiente, el costado izquierdo se quedó sin protección. Puedo coger con mucha facilidad una pulmonía y, ciudadanos, si la cojo, moriré de hambre. Cuando se tiene pulmonía, lo conveniente es quedarse debajo de las escaleras de alguna entrada principal y ¿quién va a corretear por mí, un perro solo y yacente, en busca de alimento entre las cajas de basura? Se me agarrará al pulmón, me arrastraré sobre la tripa, me quedaré sin fuerzas y cualquier especialista no proletario me arreará con un palo hasta matarme. Y unos porteros con placa me agarrarán por las patas y me arrojarán a una telega...

De todos los proletarios, los porteros son la porquería más repugnante. Mondadura de persona, la categoría más baja. Cocineros te los puedes encontrar variados. Por ejemplo, está el difunto Vlas de Prechístenka. ¡A cuántos habrá salvado la vida! Porque lo que importa, cuando uno está enfermo, es poder atrapar un bocado. Y cuentan los viejos perros que Vlas solía lanzarte un hueso y, en él, una ochava de carne. Gloria eterna por ser una persona de verdad, el cocinero señorial de los condes Tols-

tói, y no del Consejo de Alimentación Normal. Qué es lo que maquinan aquí, en esto de la alimentación normal, no alcanza a comprenderlo mi mente perruna. Porque estos, canallas, preparan la sopa con carne en salmuera maloliente, y los otros, pobres, ¡no lo saben! Corren, zampan, dan lametazos.

Una mecanógrafa de rango nueve gana cuatro billetes y medio, claro que las medias de hilo persa se las regala su amante. Y cuántas humillaciones tiene ella que soportar a cambio de ese hilo de Persia. Porque él no usa el modo habitual, ¡sino que la somete al amor francés! Entre nosotros, los franceses son unos canallas. Aunque zampan de lo lindo y siempre con vino tinto. Sí... Ahí llega corriendo la mecanógrafa, y es que con cuatro billetes y medio no puedes ir a un buen restaurante, no le llega ni para el cinematógrafo y, en esta vida, el cinematógrafo es el único consuelo de las mujeres.

Tiembla, arruga la cara, pero engulle la comida... Ya veis, cuarenta copecs por dos platos, cuando ambos platos no cuestan ni quince, pero los veinticinco sobrantes los sisa el administrador. Además, ¿acaso necesita una mesa así? Tiene el ápice del pulmón derecho mal y una enfermedad de mujeres en el territorio francés, en el trabajo le han descontado dinero, en el comedor le han dado de comer cosas podridas, ¡ahí va ella!, ¡jella! Corre hasta el pasadizo con las medias del amante pues-

tas. Los pies fríos, el viento le sopla en la tripa, porque su pelaje es parecido al mío, pero lleva pantalones que no abrigan, sí, parecen de encaje. Andrajos para el amante. Que se ponga algo de franela, que lo intente. Empezará a darle voces: ¡mira que eres poco elegante! Con lo hartito que estoy de mi Matriona, con todo lo que he sufrido por los pantalones de franela, ahora ha llegado mi momento. Ahora soy presidente y, no importa cuanto robe, que todo, todo, es para el cuerpo femenino, para caramelos rellenos, ¡para botellas de Abrau-Diursó! Porque ya pasé suficiente hambre de joven, ¡de sobra!, y la vida de ultratumba no existe.

Siento pena por ella, sí. Pero más pena siento por mí. No lo digo por egoísmo, para nada, sino porque, en efecto, no estamos en las mismas circunstancias. Al menos en casa ella no pasa frío, pero yo... ¡yo! ¿A dónde voy a ir yo? Golpeado, escaldado, escupido, ¿a dónde voy a ir? ¡Auu-u-u-u!...

—Aquí, bolita, aquí, *Shárik*... ¿Qué te pasa que lloras? Pobrecito... Dime, ¿quién te ha hecho daño? ¡Ay!

Una bruja: la ventisca seca hizo retumbar el portalón y montada en su escoba recorrió la oreja de la señorita. La faldita se le ahuecó hasta las rodillas, dejó al descubierto las medias color crema y una pequeña franja de lencería de encaje mal blanqueada, ahogó sus palabras y cubrió al perro.

Dios mío... Qué tiempo... Uf... Y me duele la tripa. Esa carne en salmuera, ¡esa carne! ¿Cuándo se acabará todo?

Con la cabeza agachada, la señorita se lanzó al ataque, se abrió paso hasta el otro lado del portalón y, ya en la calle, empezó a girar, a sufrir sacudidas, a ir de un lado a otro, después la enroscó una tuerca de nieve y desapareció.

Y el perro se quedó en el pasadizo; sufriendo por el costado mutilado, se pegó a la pared sólida y fría, sintió que se quedaba sin aire y tomó la firme resolución de no moverse, de no irse a ningún otro lugar, de morir allí, en el pasadizo. La desesperación lo derribó. Sentía tal amargura y dolor en el alma, tanta soledad y miedo, que unas lágrimas perrunas diminutas, como ampollas pequeñas, le salieron de los ojos y allí mismo se secaron. En el costado descompuesto sobresalían unos pegotes apelotonados y congelados y, entre estos, se veían las sinietras manchas rojas del hervido. Así de estúpidos, torpes y crueles eran los cocineros. Ella lo había llamado *Shárik*, como si fuera algo bonito y chiquitito. ¡Y qué iba a ser él un «bolita», diablos! Un bolita, un *Shárik*, es alguien rollizo, bien nutrido, tonto, uno que come avena, hijo de padres nobles. Y él estaba desgredado, era un larguirucho lleno de jirones, un correcales descarnado, un perro sin hogar. Por cierto, le agradezco sus palabras bondadosas.

Al otro lado de la calle la puerta de una tienda de brillante iluminación dio un golpe y por ella apareció un ciudadano. Precisamente un ciudadano, no un camarada, no, incluso sería más exacto decir un señor. Está más cerca, se ve con más claridad: un señor. ¿Piensan que mi juicio se basa en su abrigo? Tonterías. Ahora muchos de los proletarios llevan abrigo. Cierto que el cuello no es como este, eso no se lo voy a discutir, aunque de lejos uno podría confundirse. Pero los ojos... ¡ni de cerca ni de lejos puedes equivocarte! Huy, sí, los ojos son algo primordial. Son como un barómetro. Puede verse todo: quien tiene una gran sequedad en el alma, quien por nada del mundo va a clavarte la punta de las botas en las costillas, y quien tiene miedo de cualquiera. Precisamente a este último lacayo suele ser adecuado y agradable darle un mordisco en los tobillos. ¿Tienes miedo? ¡A cobrar! Si tienes miedo, significa que te lo has buscado... Grrr... Guau, guau...

El señor ha cruzado con seguridad la calle dentro de un torbellino de la ventisca y se ha desplazado hasta el pasadizo. Así es, sí, en él todo está claro. Este no va a engullir carne en salmuera podrida y, si se la ofrecieran en algún lugar, armaría un buen escándalo, escribiría a los periódicos: ¡a mí, a Filipp Filíppovich, me han dado un atracón!

Ahí está, cada vez más cerca. Este come en abundancia y no roba, este no se pone a dar puntapiés,

porque él mismo no tiene miedo de nadie, y no tiene miedo porque está eternamente saciado. Es un señor de trabajo intelectual, con barbita culta y puntiaguda y bigote cano, mullido y gallardo, como el de los caballeros franceses, pero su mal olor vuela por la ventisca: huele a hospital y a cigarro.

Y uno se pregunta qué diablo le habrá traído a la cooperativa del ConCenEE. Ahí está, al lado... ¿Qué busca? Au-u-u-u... ¿Qué ha podido comprar en esa tienducha vil?, ¿es que le parecen poco las de Ojotny Riad? ¿Qué está pasando? Em-bu-cha-do. Señor, si viera de qué está hecho ese embuchado, no se acercaría ni un poquito a la tienda. ¡Démelo a mí!

El can reunió las fuerzas que le quedaban y, delirando, se arrastró desde el interior del pasadizo a la acera. La nevasca lo azotó en la cabeza como un fusil, agitó hacia arriba las enormes letras de un cartel de lienzo: «¿Es posible el rejuvenecimiento?».

Es naturalmente posible. El olor me había rejuvenecido, me levantó de la tripa, con ondas punzantes me redujo el estómago dos jornadas vacío, un olor que había vencido al de hospital, el olor paradisíaco a yegua picadita con ajo y pimienta. Puedo sentirlo, lo sé: ¡hay embuchado en el bolsillo de ese abrigo de piel! Encima de mí. ¡Oh, mi dueño! Mírame, ¡muero! ¡Alma de esclavo es la nuestra, ay, vil destino!

El can se arrastraba cual serpiente sobre la tripa, bañado en lágrimas.

Fíjense en el trabajo del cocinero. Pero por nada del mundo me lo dará. ¡Huy, bien que conozco yo a los ricos! Aunque, en realidad, ¿para qué la quiere? ¿Qué va a hacer usted con un equino podrido? Como el veneno del Mosselprom, ninguno.² Y usted ya ha desayunado hoy, usted, personalidad de relevancia mundial gracias a las glándulas sexuales masculinas... Au-u-u-u...

Pero ¿qué estará tramando el mundo? Por lo que se ve, todavía es pronto para morir y la desesperación... ¿es de verdad un pecado? Lamerle las manos, es lo único que me queda.

El señor enigmático se agachó sobre el can, los bordes dorados de sus ojos centellearon mientras sacaba del bolsillo derecho un envoltorio blanco alargado. Sin quitarse los guantes marrones, deslió el papel, del que al momento se apoderó la ventisca, y partió un trozo de embuchado de nombre Cracoviana Especial. ¡Y ese trozo fue para el can! ¡Oh, personalidad desprendida! ¡Au-u-u!

—¡Fiu, fiu! —el señor silbó y añadió con voz severísima—: ¡Shárik, cógelo, bolita!

2 El Mosselprom era una sociedad de empresas manufactureras de productos agrícola-ganaderos del gobierno de Moscú. Tanto el edificio de su sede central, como las campañas de anuncios de la sociedad estuvieron muy unidas al movimiento constructivista. En 1923 Vladímir V. Maiakovski compuso un anuncio en verso que terminaba «en ningún sitio / como en el Mosselprom».

¡Otra vez ese nombre, «Shárik»! ¡Ya me han bautizado! En fin, llámeme como quiera... Por su proceder tan extraordinario...

Al instante el can rompió la piel, entre sollozos hincó los dientes en la cracoviana y la devoró a dos por tres. Al hacerlo, se atragantó hasta llorar con el embuchado y la nieve, porque, de la ansiedad, por poco no se tragó la cuerdecita. ¡Otra vez, otra vez le lameré la mano! ¡Le besaré los pantalones, benefactor mío!

—Suficiente por ahora. —El señor hablaba de forma entrecortada, igual que si estuviera dando órdenes. Se agachó sobre Shárik, le miró a los ojos escrutador e, inesperadamente, pasó la mano enguantada por la tripa de Shárik, con aire de intimidad, cariñoso.

—Ajá —pronunció significativamente—, sin collar, mira qué bien, justo lo que necesito. Andando, sígueme. —Hizo un chasquido con los dedos—. ¡Fiu, fiu!

¿Que lo siga? Al fin del mundo, deme puntapiés con sus botas de fieltro, que no despegaré la boca.

Las farolas brillaban por toda la calle Prechístenka. El dolor en el costado era insoportable, pero Shárik se olvidaba a ratos de él, completamente absorbido por un único pensamiento: no perder en el tumulto la maravillosa imagen en abrigo de piel y expresarle de alguna manera su amor y lealtad. Y lo hizo unas siete veces en la extensión que va desde Prechístenka hasta la travesía Obújov. Le besó una

bota; a la altura de la travesía Miortvy, para abrirle paso, su aullido salvaje asustó tanto a una dama que esta se tuvo que sentar en un guardacantón; unas dos veces aulló bajito para mantener la lástima.

Un gato canalla y vagabundo, afectado a la manera del siberiano, emergió por detrás de un canalón y, a pesar de la nevasca, le llegó el olor a cracoviana. Al can Shárik le cegó la idea de que el rico excéntrico que iba recogiendo canes heridos de los pasadizos fuera y se llevara también a ese ladronzuelo y él se viera obligado a compartir los productos del Mosselprom. Por eso hizo rechinar los dientes en dirección al gato de tal manera que este, con un bisbiseo parecido al bisbiseo de una manga agujereada, se encaramó por el canalón hasta el primer piso. Grrr... ¡guau!... ¡fuera! ¡No te haces con un montón de provisiones del Mosselprom para el primer harapiiento que corretea por Prechístenka!

El señor apreció su lealtad y justo donde el destacamento de bomberos, al lado de una ventanita por la que se oía los gruñidos agradables de una trompa, recompensó al can con un segundo trozo, este ya más pequeño, de unos cinco *zlotnik*³ menos.

Ah, el excéntrico. Lo hace para engatusarme. No se preocupe, no me voy a ir a ningún sitio. Voy a seguirlo, no importa dónde me ordene que vaya.

—¡Fiu, fiu, fiu! ¡Por aquí!

3 Antigua medida de peso equivalente a 4,26 g.

¿Por Obújov? Hágame el favor. Conocemos muy bien esta travesía.

—¡Fiu, fiu!

¿Por ahí? Encant... ¡Huy, no! Discúlpeme, pero no. Hay conserje. Y no hay nada peor en este mundo. Muchísimo más peligrosos que los porteros. Una raza realmente odiosa. Más repulsivos que los gatos. ¡Un desollador con pasamanería!

—Pero ¿de qué tienes miedo?, ¡ven!

—¡Salud, Filipp Filíppovich!

—Muy buenas, Fiódor.

¡Esto sí es una personalidad! Dios mío, ¿hasta quién me has traído, destino perruno mío? ¿Qué hay tras una persona que puede, en presencia del conserje, meter a perros de la calle en una casa de la sociedad colectiva de vivienda? Fijaos, el canalla no hace ni un sonido o movimiento. Ciertamente que sus ojos están sombríos, pero, en general, se le ve indiferente debajo de la banda con galones dorados. Como si fuera lo que corresponde. Es estima, señores, ¡cuánta estima! Bueno, señor, y yo estoy con él y detrás de él. ¿Qué, conmovido? Pues ¡toma! Estaría bien darle un mordisco en esa pierna proletaria encallecida. Por todas las humillaciones de sus hermanos. ¿Cuántas veces me has desfigurado el morro con el cepillo, dime?

—Ven, ven.

Comprendemos, comprendemos, sírvase no ponerse nervioso. Usted va allí, yo voy allí. Solo tiene

que enseñarme el camino, que no voy a quedarme atrás, a pesar de mi costado desesperado.

Desde la escalera, abajo:

—¿No hay cartas para mí, Fiódor?

Abajo para la escalera, respetuosamente:

—Ninguna, Filipp Filíppovich (con cercanía, a media voz, persiguiéndolo), en el piso tres han alojado a camaradas de la sociedad.

El importante bienhechor de los canes se giró bruscamente en el escalón y, asomándose por encima de la barandilla, preguntó espantado:

—¿Cómo?

Los ojos se le habían agrandado y el bigote estaba erizado.

Abajo, el conserje levantó la cabeza, se llevó una palma a los labios y confirmó:

—Así es. Cuatro en total.

—¡Di-os-mí-o! Puedo imaginarme lo que va a pasar ahora en ese piso. Bueno, ¿y cómo son ellos?

—No sé, normales.

—¿Y Fiódor Pávlovich?

—Han ido por un biombo. Y por ladrillos. Van a levantar tabiques.

—¡Sólo el diablo sabe qué saldrá de todo esto!

—Van a alojar gente en todos los pisos, excepto en el suyo, Filipp Filíppovich. Ha habido una reunión, acaban de tomar la decisión, hay una nueva sociedad colectiva. Y a los anteriores, fuera, de la oreja.

—Qué cosas pasan... Ay, ay... Fiu, fiu...

Voy, señor, a toda prisa. El costado, tenga la bondad de verlo, hace su aparición. Permítame que le lama una bota.

El galón del portero desapareció abajo, en el descansillo de mármol se sentía el calor de las tuberías, giraron otra vez y ahí estaba, el principal.

